

exquisita generosidad que sé apreciar en lo mucho que vale y representa, y que avalora aún más el prestigioso repúblico a quien se comisionó para entregarme la insignia. La conservaré ufano, como símbolo de mi grande amor a nuestro héroe y de mi veneración para el hombre máximo de América.

Permítame, señor Gobernador, que le ruegue presentar de mí parte a la Honorable Corporación que así me ha distinguido, el testimonio de mi mayor reconocimiento.

Con sentimientos de elevada consideración, quedo de usted muy atento servidor y amigo,

JOSÉ VICENTE CASTRO SILVA

ORACION FUNEBRE EN MEMORIA DEL LIBERTADOR

pronunciada por el Canónigo doctor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en las honras fúnebres celebradas en la catedral de Bogotá el día 17 de diciembre de 1930

Excelentísimo señor, señores Ministros, Ilustrísimo señor:

El Gobierno nacional ha querido que a las preces arcanas con que la Iglesia implora del Señor la glorificación eterna del Padre de la Patria, se junte el clamor religioso de una oración fúnebre que rememore lo que hay de Dios en la vida del Libertador Simón Bolívar. Las supremas autoridades civiles al disponer este homenaje nos han puesto de presente la grandeza del héroe en toda su misteriosa integridad. No piense nadie que para sublimarlo dignamente basta contar los pasos vencedores y acelerados con que una y otra vez midió el territorio de la Gran Colombia; los ojos que pudieran habituarse a la fulguración incandescente de la espada de Bolívar, no han visto aún todo cuanto hay que ver en

él; los oídos hechos a aquel estruendo de victorias que fue creciendo desde Arauca hasta Boyacá, tienen todavía que escuchar; habrá quien no se intimide ante la profecía delirante de Casacoima y Pativilca; pero ése no ha tocado los linderos de la pujanza del héroe; y quien haya escrutado sagazmente los dictámenes que encerró Bolívar en el manifiesto de Cartagena, en la carta de Jamaica o en los discursos de Angostura, todavía no ha llegado al centro radioso donde se concertaron la luz y el fuego de la Emancipación.

Porque a través de lo humano, que es asunto de la historia, es preciso adivinar y como entrever una Razón Altísima, que no suele manifestarse directamente, pero que asiste infatigable y próspera a todas las mudanzas terrestres. Razón que sembró en el universo la energía que nos sirve y sustenta, Razón que dejó una huella suya en cada mente para que se gobernase con acierto y se acercara a lo divino, Razón que en otra esfera sojuzga las edades, da rumbo a los sucesos y desconcierta los planes tortuosos e inicuos de los hombres. Pero esto no lo realiza Dios con la violencia ineludible de las fuerzas ciegas, sino con el imperio avasallador de la inteligencia humana. Diríase que el Omnipotente prefiere a su propia intervención abrumadora, la intervención de una criatura suya que le reemplace; cuando la ha menester la predestina y quizá a través de muchas generaciones la prepara, ordena en torno suyo acontecimientos y circunstancias de todo linaje; como el sol a la tierra con sus rayos, así la embiste El con sus dones espléndidos, esfuerza luégo y aquilata todas las preeminencias racionales que hacen del hombre una imagen de la Deidad, ordena, en fin, que aparezca en el mundo, y, como para no menoscabar la excelsitud a que la destina, la obliga a ser descubridora de sí misma. Una Providencia particular se encarna en tal criatura, y es todo

su ser un teatro donde la acción divina va desarrollándose tan imperiosa e incontrastable, que, sin advertirlo muchas veces, los contemporáneos se doblegan ante ese poderío que no comprenden y en cuyo celestial origen no reparan. Hé ahí el secreto del pasmo, inviolable al tiempo y a la muerte, con que han sido mirados los verdaderos genios. «Hombres representativos», los llamó alguno; «figuras simbólicas y arquetipos humanos», los apellidó un moderno; pero ninguno de esos nombres expone lo que son en realidad, lo que fue señaladamente el Libertador: un alarde valentísimo de la magnificencia divina.

Mirad, señores, que no es ruin la fe cristiana cuando exalta a los elegidos de Dios: ora sean naturales, ora sobrenaturales las dádivas que en ellos advierte, de una misma fuente infinita las hace proceder y a un mismo raudal eterno las hace confluír, bien que por diversos caminos. La perspicacia terrenal no hallará para enaltecer al Libertador otro medio que el consabido de ponerle en parangón con otros héroes; mas la fe cristiana no se satisface mientras no reconozcamos en él un vestigio preclaro de los atributos de Dios. Vestigio que también es único y sin par; porque así como el trance de la independencia colombiana no fue repetición de ningún otro suceso, ni volverá a registrarse en los siglos de los siglos, así también tenía que ser sin ejemplo, sin semejante y sin sucesor el hombre que Dios previno para que fuese alma y vida de aquella revolución extraordinaria.

Así, no ha de pareceros que es ponderación extrema y desatentada el poner en Bolívar, fundador de naciones, un rastro de la energía creadora con que el Hacedor hizo salir de las entrañas informes y vacías del principio, el concierto acompasado de los mundos; ni os será dificultoso imaginar que las razones con que el Libertador dio luz de entendimiento a las colonias ador-

mecidas para que comprendiesen y salvaran sus propios intereses, fueron un trasunto de la palabra que desencadenó las vibraciones luminosas en el seno de la tiniebla primordial. Que si en lo antiguo se hizo sentir el Señor como Dios de los Ejércitos y pasó por las mentes de su pueblo con arreos de luchador, en faz guerrera y decorado de bélica bravura, para que le atribuyesen la rota y exterminio de los opresores de Israel, no será osadía trasladar a el alma del Libertador un hábito de aquella ira tremenda que avienta y desmenuza la servidumbre infausta, la prepotencia malvada y el atropello engegucido.

Hay, de otra parte, analogías patentes e inconcusas entre la naturaleza y la gracia. Por algo se ha dicho que ésta no niega ni destruye a aquélla, sino que la corrobora y perfecciona: en todo lo puramente humano se columbra algo de lo estrictamente divino, y, a juicio del Apóstol, lo visible da testimonio de lo que está escondido y repuesto en la Divinidad. Por eso no nos basta admirar en Bolívar un jefe y legislador capaz de entrar en liza y de sostener la competencia con cualquier otro señorío y dominación; vémosle más bien como los hebreos a Moisés, salir de la niebla augusta y temerosa que envuelve al Sinaí de los designios celestiales; viene sellado en el semblante por la majestad de una comunicación excelsa y hecho depositario de consejos divinos que engendrarán la libertad americana. Tráelos grabados en la fortaleza imperturbable de su espíritu y hasta en la contextura y temperamento de la carne; quebróse ésta, hoy hace un siglo, al impulso angustioso de la idea no comprendida; así quebró Moisés las tablas legales en raptó de iracundia ante la necia villanía del pueblo; pero, ni el ademán destructor de Moisés aniquiló los mandamientos, ni el deshacerse la forma corpórea de Bolívar atajó la libertad de un continente.

Bolívar aparece entre los patriotas hacia 1808. Dos años antes había tomado desde Europa la vuelta de Caracas, llevando consigo el propósito de libertar a Venezuela. No vayamos a creer que estamos en presencia de un soñador que juntaba con el lujo de la vida el fasto de las palabras retumbantes. La gentil e hirviente mocedad del héroe podrían sugerirnos esa imagen trivial que no traduce la grandeza que ya se albergaba en su espíritu. Afinado al contacto de los rancios abolenagos españoles, de la sutil cultura parisiense y de las legendarias proezas romanas, no había lugar en él para la índole arrebatada y desvanecida del rebelde vulgar; capaz de medir las hazañas consulares de Bonaparte y de contemplar de hito en hito las glorias napoleónicas, no podía seducirle la fama borrascosa y fugaz del insurgente adocenado; habituado, en fin, a la sociedad de sabios como Cuvier y Gay Lussac, hecho al trato familiar con aquel descubridor científico de América que se llamó Alejandro de Humboldt, Bolívar no podía degenerar en un gárrulo e inconsciente agitador de muchedumbres.

Por eso no se apresura a amotinarlas, ni a pregonar la insurrección, sino que aguarda a que el trastorno y desconcierto de la monarquía peninsular, abran camino firme y leal para el establecimiento de un gobierno propio en Venezuela. Una dinastía sucedió a otra en Bayona, y los españoles celosos de sus fueros crearon la Junta Suprema de Sevilla; era el momento de introducir en estas vastísimas dependencias ultraoceánicas el mismo régimen. A Fernando el Desposeído tenía que suplirlo una junta de gobierno que se titulara «de Caracas», y su creación fue el grande empeño de los próceres que con Simón Bolívar se reunían sigilosamente en las márgenes del Guaire.

El primer paso del Libertador en la vía sacra y

triumfal de la Emancipación, fue para él mucho más que un compromiso, fue un sometimiento ilimitado a la idea fundamental de la independencia latinoamericana. Bolívar desde entonces deja de pertenecerse y queda subyugado por un hechizo intelectual que le atrae y le impulsa a veces inclemente, a veces frenético, jamás blando, siempre irresistible. ¿No veis acaso los ojos de Bolívar? Son ojos que parecen abiertos por el espanto o por la angustia de no dominar un ámbito inmenso que constantemente se le ofrece y del cual no es lícito desviarse; sobre esas pupilas vigilantes e insomnes, la frente se recoge en múltiples arrugas que mantienen alzado el velo de los párpados y simbolizan o denuncian la tensión mental que allá en el interior no permite que el espíritu se aduerma y escape a la fascinación de los ideas.

¿Cuáles son ellas? A diferencia de la revolución del 89, que tomó por base los derechos del hombre, la independencia americana se caracterizó por el intento de que cada pueblo fuese señor de sus destinos y poderoso a gobernarse por sí mismo. Bolívar vio con clarividencia innegable que la continuación del régimen colonial fomentaría de este otro lado de los mares, un marasmo e inacción esencialmente reñidos con los destinos naturales de tan prodigioso territorio, y enteramente opuestos a su propio bienestar y aun al equilibrio del universo. Un continente dos veces mayor que Europa, sin ponderación rico y abastecido, propicio a la cultura y a la inteligencia, tenía por cierto sobrados recursos para vivir por cuenta propia y sobradas razones para ser algo más que la despensa inagotable y exclusiva de una sola nación. Comunicados libremente a todos los países esos bienes, traerían otros que realzarían a América y estimularían el afán laborioso y emprendedor de sus habitantes; ellos, por su parte, al emparejar en soberanía con todas las naciones, tenían que con-

vencerse hoy o mañana de que las sociedades no son respetables ni logran crédito ni afianzamiento, sino merced a las sanas costumbres, al orden y a las leyes justas y santamente obedecidas que cuando le dan paz y prosperidad a un pueblo, le dan también armas y defensa.

Así eran las repúblicas que Bolívar anteveía en este continente que por entonces, como él mismo lo dijo, «estaba ausente y como secuestrado del universo, sujeto al monopolio de casi todos sus productos, impedido en su desarrollo, estancado por las trabas entre provincias y provincias, afligido además porque la administración del poder encomendada a los europeos con exclusión de los criollos, ponía a éstos en condición de extranjeros en su propia patria, subordinados por añadidura como casta inferior a otra favorecida e inaccesible».

Mudar tal estado de cosas fue el ideal del Libertador, a quien sólo una grosera incompreensión o una incurable pequeñez pueden representarse como un revolucionario sin conciencia, ávido de postrar la autoridad legítima y de anunciar una libertad licenciosa y anárquica. De Pradt, Arzobispo de Malinas, no lo juzgaba así en 1829: «La acción de Bolívar abarca el mundo y se le debe respetar como a un bienhechor del universo; su nombre tendrá que figurar entre los más dignos de ofrecerse a la admiración del género humano».

Y a fe que el ilustre Prelado no habría contradicho a quien discurrendo acerca de la obra de Bolívar, advirtiera en ella el cumplimiento de la parábola evangélica de los talentos. Quiere Dios en efecto que los caudales confiados a sus siervos no yazgan soterrados y ociosos, sino que entren a la circulación para común beneficio y aprovechamiento, no menos que para honor y gloria del Señor que los distribuyó. Manos acuciosas y diligentes, labor asidua y solícita, pide El a los hombres que hace depositarios de sus bienes, y, a fin de que la

negligencia y el abandono no le defrauden, intima llanto y rechinar de dientes a los administradores holgazanes.

Y no fue de estos Simón Bolívar, a quien Dios hizo comprender que el nuevo orbe hispánico, convertido en repúblicas y compuesto de naciones independientes, introduciría en el escenario jurídico y político del mundo una suma incalculable de acciones y reacciones morales y económicas, multiplicaría en él la representación de la soberanía, y, por el mismo caso, haría oír voces nuevas en medio de los conflictos europeos, aportaría elementos preciosos para dilucidar los problemas y cuestiones que se agitaban más allá del mar océano, y quizás haría triunfar la solución equitativa y sabia cuando pusiera en la balanza de la justicia y de la verdad el voto y la influencia de tantas nacionalidades.

No pueden ser otros los destinos providenciales de esta América. Su historia se mueve entre dos genios: el Descubridor y el Libertador; desde Cristóbal Colón hasta Simón Bolívar, América fue la nebulosa gigantesca, henchida de portentos, sin más trayectoria o rumbo que el de la Madre España. Dijérase que su poderío, a manera de cometa prodigioso, se alzó en el horizonte de Europa y la asombró por la fuerza del núcleo que era la Península, y por la espléndidez de la cauda que era América. Pero otro día surgió Bolívar y la nebulosa se aglomeró en los centros que su voz y su espada designaron; del hemisferio austral ha desaparecido la cauda soberbia, prolongación de la grandeza hispana: el Libertador formó con ella una constelación de pueblos libres.

Hay quienes llamen prematura la emancipación americana y pongan en Bolívar la tacha de haber sido un soñador imprudente y mal avenido con la realidad; un visionario que se anticipó a la sazón oportuna y malogró los frutos de su ardimiento indiscutible. Prueba de ello—nos dicen—son las revueltas periódicas, las discordias intestinas, la paz mal segura, el vaivén de la pros-

peridad, las malandanzas políticas y hasta las dificultades exteriores que nos han traído en continuo sobresalto. Ignoran o fingen ignorar los tales que jamás se ha implantado en el mundo una idea o reforma saludable sin suscitar contradicciones, tanto más bravías y feroces cuanto más necesaria e inaplazable es la transformación que se anhela. E ignoran también que las ideas no son fuerzas brutales que suprimen la resistencia aniquilándola, sino energías espirituales que deben labrar la perfección humana a través de muchas vicisitudes. De ser aceptable el criterio asombradizo de esas gentes, habría que llamar prematura e intempestiva la mismísima predicción del Evangelio, visto que la humanidad no se rindió a él completamente sino después de crudelísimas persecuciones, de siglos enteros de cismas y herejías atroces que desgarraron sin compasión la túnica inmaculada de la Iglesia, y de rebeldías sociales que en un punto comprometieron épocas enteras de apostolado heroico. Reparad más bien en que las calamidades subsiguientes al anuncio y proclamación de la verdad son argumento de la condición pecadora y contumaz de los hombres, pero no demuestran que la verdad sea impertinente y extemporánea. Si la obra de Bolívar mereciera calificativos semejantes,—quero decir—si Bolívar se adelantó a los designios divinos y usurpó una misión libertadora reservada para un héroe advenidero, no sé yo para cuándo podría fijarse el comienzo de la epopeya colombiana. Unos años después, la atención de la metrópoli iba a estar pendiente de las modificaciones radicales que mudaban a toda prisa los estatutos europeos; menos estricta y minuciosa tendría que ser la administración de las colonias, que, a favor de estas mermas de autoridad, tendrían que relajarse y parar en el desgobierno y en la desidia muelle y liviana. Allí hubiera sido el embotarse de toda nobleza y el sumirse todas en la última miseria moral tal vez por reacción contra los rigores prece-

dentes. o tal vez por aquel abandono fatalista que suele emponzoñar las latitudes tropicales.

¿Podría aparecer en tales condiciones un Libertador como Bolívar? No, una época así solamente puede producir *condottieri* audaces, mezcla de aventurero y de caudillo, pero no produciría un hombre que a los treinta años, hostilizado y perseguido en su patria, arriba a Cartagena, interesa a la Nueva Granada en la redención de Venezuela, logra quinientos hombres, se apodera de la margen oriental del Magdalena y habla como vidente en San José de Cúcuta.

Sus palabras resumen con brevedad imperatoria la idea que durante diez y ocho años estrujará toda la actividad de su naturaleza indomable; palabras son esas más que humanas porque entre ellas y la campaña de dos meses que se las inspiraba, media un abismo que no puede colmarse sino con una perspicacia que hace pensar en el espíritu profético que Dios enviaba a los vates israelíticos. Oíd los nombres de los sitios donde recogió el Libertador sus primeros laureles: Tenerife, Guamal, Banco y Puerto Real; ¿quién no los conoce? Al cabo de cien años, ¡cuán humildes son y cuán pequeños! Casi nos ruborizamos de que nombres tan oscuros estén asociados a la gloria del Libertador. Boyacá y Ayacucho los anonadan y es vana la pretensión de figurarnos un combate grandioso allí donde sólo se columbra un pueblecillo de bohíos en el lindero de una selva brava y donde el crepitar de las infinitas máquinas de guerra que la imaginación finge en toda empresa militar, está reducido a las descargas parcimoniosas de dos centenares de fusiles. Y, sin embargo, de ahí, de una acción guerrera tan desnuda de aparato, sacó Bolívar el mismo aliento dominador que le inspiraren la majestad de la Roma cesárea, sus águilas invictas y las legiones imperiales, Arrancóle esta vision el juramento legendario del Aven-

tino; oíd, os ruego, cómo lo confirma después de abandonar las orillas medio salvajes del Magdalena:

«Vosotros, fieles republicanos granadinos, marcharéis a redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron a Jerusalén, cuna del cristianismo..... La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión».

¿Preveía Bolívar que sus huestes llegarían hasta las provincias peruanas en 1824? ¿Adivinaba que Chile por boca del Almirante Blanco Encalada ponderaría «la necesidad imperiosa de la influencia del héroe de Colombia?» ¿Presentía que la Argentina después de Ayacucho le alabaría, porque «desde las bocas del Orinoco y de victoria en victoria había conducido el iris de la libertad hasta sellar la total independencia del nuevo mundo?» No lo sabemos. Lo que sí nos consta es que sin descansar de las fatigas con que pagó la primera de sus victorias, Bolívar no hablaba sino de libertar un mundo.

Es que agobiado por esta única idea, Bolívar parece insensible a las proporciones objetivas de los sucesos a que asiste; no los estima él por lo que tienen de tangible y mensurable, sino por la relación que guardan con el fin supremo que le atrae, por la significación y el alcance que su fervor patriótico les da. Para Bolívar la importancia de los hechos estriba, no en su resultado o utilidad inmediatos, sino en que son etapas de una carrera que concluye en el ideal. Por eso cuida con idéntico desvelo y con la misma intensísima viveza sus campañas, sus discursos, sus escritos, sus actos de gobierno; para desalojar de Mompós un destacamento pone en juego arrojo y presteza comparables al arrojo y presteza con que se dispondrá luego a caer sobre Morillo y los catorce mil setecientos soldados con que domina a Venezuela, y en otro orden de cosas atiende

a sacar adelante el proyecto de arbitraje internacional con el mismo ahínco con que se aplicaba a organizar el Estado en las sesiones de Angostura. Esmero tan tenazmente sostenido en campos tan diversos hace pensar que Bolívar, como hombre de una sola idea, fue también hombre de una sola fuerza, porque encauzó en un raudal único y perenne todas las que abundaban y sobreabundaban en su naturaleza generosa: guerrero y razonador se muestra simultáneamente así en un manifiesto como en una batalla, y tienen éstas la hermosura dinámica de una demostración perentoria que convence al adversario de su impotencia además de rendirle en un choque catastrófico. Doble poder que nos explica por qué luchó Bolívar ventajosamente con enemigos dos y tres veces superiores.

Añadiré que la idea soberana y amplísima a que sirvió el Libertador lo habilitó para sobreponerse a los reveses, sublimar lo pequeño y convertir en trofeos los mayores obstáculos. La noche aciaga de Casacoima descargó sobre él un nublado de fatalidades: todo allí le amenazaba y hasta la vileza del refugio que se le depa-
 ró contribuía a poner abatimiento en los ánimos. Solamente Bolívar conservó entusiasmo para discurrir sobre sus futuras campañas en Cundinamarca, en Quito, en la tierra del Sol y de los Incas. Por loco lo reputaron en esa hora, como antes le habían llamado cobarde y como después le llamaron tirano. ¡Qué importa! Harto sabemos que el colmo de la grandeza es repercutir forzosamente en los pechos humanos: si allí encuentra resonancia adecuada prorrumpirán en voces de admiración excelsa; si topa con la estulta villanía les sugerirá sin demora el vituperio aleve. La locura de Bolívar no significa sino que se atrevió a ver más hon-
 do y más lejos que los que vivían encerrados en el círculo angostísimo del egoísmo calculador y utilitario; la cobardía de Bolívar es el desdén con que se aparta del

tumulto vociferador y desmandado, es el menosprecio arrogante del medro personal, es el no poderse hallar a sus anchas en el ambiente de la emulación mezquina sino trepando en demanda de la verdad por la cabellera glacial del Chimborazo.

Y la tiranía de Bolívar, ¿fue otra cosa que la vehemente fiereza, el tesón apasionado con que los hombres enamorados de la idea ensayan hacerla prender y germinar sobre la tierra? Errores pueden cometerse en este empeño porque no hay grandeza que subsane la falibilidad de la criatura, pero esos errores los pagó el Libertador con creces, y para que nada faltase a su gloria sus enemigos procuraron que la tumba le recibiese amortajado con el triple cilicio de la ingratitud, de la alevosía y de la calumnia. La muerte que hace mofa de los sudarios recamados y de las galas resplandecientes con que se disfraza el desmayo de la final contienda, no se atreve a lanzar podredumbre sobre las vestiduras de los mártires; sepultado con la pompa de los jerarcas orientales, Pablo de Tebaida no se habría defendido del estrago postrimero como se defendió ciñéndose con el sayal que punzó las carnes del eremita Antonio. Y es la muerte señora del silencio y del olvido; en sus yertos alcázares no hay eco para los encomios lisonjeros y las hipérboles sonoras que tratan de encubrir la vanidad de las vidas: lo hay en cambio, e impe-
 recedero, para los dolores desmedidos del Libertador; lo hay, porque con ser vastas las entrañas del refugio insondable del sepulcro, no alcanzaron a contener las quejas del Padre de la Patria, y, al rebosar en ellas, la inmortalidad quedó escuchando el grito penetrante de la última proclama.

Recojamos a un siglo de distancia los oprobios que padeció Bolívar. En nombre de la libertad se le apellidó tirano, en nombre de la autoridad se le dijo rebelde, insurgente y sedicioso, en nombre de la religión le

llamaron enemigo del altar, en nombre de la cordura se le motejó de visionario y ambicioso. De todo ello no ha quedado nada, y hoy es el día fausto en que por última vez recordamos esa letanía ignominiosa borrada para siempre por el perdón que otorgó Bolívar a sus conciudadanos. «Ninguna ave siniestra se atreverá a volar sobre su tumba, porque caerá muerta como las que pasaban sobre el sepulcro de Aquiles».

Hemos llegado con Bolívar a los linderos de la eternidad, donde las sentencias humanas se truecan en balbucear tímido ante la majestad del Hijo de Dios Supremo Juzgador de los mortales. A pie llano hubiera podido penetrar Bolívar en los Campos Elíseos que imaginó el paganismo. Para alternar con los fantasmas de los héroes clásicos le sobrarian al Libertador proezas y apoteosis, mas para subir al consorcio divino necesitaba iluminar la vida con la fe en una realidad ultraterrena.

En esa realidad creyó Bolívar y de tal manera que sin detenerse en la máxima puramente positivista de que no es posible ni hacedero gobernar a un pueblo contrariando sus creencias religiosas, llegó desde 1814 a pedir en términos tan expresos como reverentes el concurso del sacerdocio en la Emancipación. No que pretendiera aprovecharse de la Iglesia como de un instrumento de dominio político, sino porque comprendía que solamente la religión de Jesucristo podía adueñarse de las almas y hacer buenos y justos a los hombres. Pensó un día que los poderes temporales lo lograrían y escribió estas palabras: «Tomemos de Atenas su Areópago, sus guardianes de las costumbres y de las leyes; de Roma sus censores, sus tribunales domésticos; hagamos santa alianza con estas instituciones y renovemos en el mundo el ideal de un pueblo que no se contenta con ser fuerte y libre, sino que quiere ser virtuoso». El ideal permaneció inmutable, y alguna vez lo expre-

só en esta máxima digna de mármoles eternos: «El que quiere que haya República en Colombia, debe querer también que haya virtud política.....» Pero Bolívar se convenció aprisa de que ni las ordenanzas públicas ni las reglas morales heredadas del naturalismo, pueden transformar a los hombres como no sea en la superficie y transitoriamente. Orden y justicia y libertad pedía en el organismo social, pero no aplicados por defuera a guisa de barniz y afeite farisáicos, sino procedentes de una íntima ordenación de las conciencias. Y ellas—Bolívar lo creía firmemente—sólo se rinden al contacto del Altísimo y al influjo de la virtud sobrenatural que administra la Iglesia con pleno señorío. Señorío que el Libertador jamás puso en tela de juicio ni perturbó deliberadamente, antes reconoció y acató con máxima piedad en sus dilatadas negociaciones con el Sumo Pontífice y con los Obispos.

Piedad he dicho, y habréis de confesar que este vocablo representa la emoción de Bolívar cuando hablaba con las autoridades eclesiásticas en estos términos:

«La causa más grande nos congrega hoy: el bien de la Iglesia y el bien de Colombia. Una cadena más fuerte y más brillante que los astros del firmamento nos une de nuevo a la Iglesia de Roma, que es fuente celestial..... Estos ilustres príncipes y padres del rebaño son nuestros lazos sagrados con el cielo y con la tierra. Ellos serán nuestros guías, los modelos de la religión y de las virtudes cívicas».

¿Insistiré en la fe del Libertador? No es menester. Acordaos más bien de la vibrante exaltación con que invocaba a Dios en los campos de batalla o en las asambleas legisladoras; acordaos de que proclamó la religión católica como religión del Estado; acordaos también de que el 10 de diciembre de 1830 agonizaba soñando con la consolidación de Colombia y afianzándola en las oraciones de la Iglesia.

Ocioso es aquí todo comentario; pero si alguno hubiera de hacerse yo repetiría el que hizo a la vida de un mariscal de Francia el más ilustre de sus estadistas:

«Pasó ante nosotros con los ojos fijos en la eternidad y tuvo el valor de atribuir todos sus triunfos a la generosidad divina».

Señores:

La muerte puso al Libertador Simón Bolívar en presencia del Hijo de Dios, Juez de los hombres, y le puso también en presencia de la historia. Sobre su vida recayó cien años há un veredicto divino que subsistirá en la inacabable duración ultramundana, y un veredicto humano que fatigará los años volanderos. Entrambos son gloriosos; lo es el primero, porque en el Libertador tiene que cumplirse aquella ley del Evangelio, según la cual Jesucristo, delante de su Padre, no se avergozará de quien le confesó delante de los hombres.

También es glorioso el otro veredicto esbozado en el saludo con que lo acogió por vez primera el Congreso granadino:

«¡Libertador! Vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestro nombre».

